

Un CUENTO.--

Por Miguel Molina.

---

No sé, de modo cierto, el tiempo que llevaba arrumbada en ese polvoriento cajón; lo que puedo asegurarles es que, desde la muerte de mi dueño, el último que me usara, han transcurrido muchos días. Hoy manos extrañas me han cojido y me han obligado a trazar desconocidos signos e incomprensibles números sobre el papel; yo, que solo sé de rimas, del dulce lenguaje del literato, he estado torpe. La que me empleaba -era una mujer de bellos ojos negros-, me ha examinado con curiosidad mientras yo, por encima de su hombro, he leído, enlozado en el sitio donde estaba el retrato del poeta favorito de mi señor, un a modo de pergamino que decía: Licenciado en Ciencias Exactas.

Ella, después de raspar la punta de mi plumin de oro con la uña de su dedo -pequeñín, rosado-, ha vuelto a ponerme sobre el papel y yo, recordando aquellos buenos tiempos de inspiración, casi he compuesto un soneto dedicado a sus largas pestañas. La mujer, entonces, se ha pasado su blanca mano por la frente sudorosa y ha dicho: Es prodigioso. Después, mirándome con cierto recelo, se ha marchado. Al llegar a la puerta apretó el paso, como si tuviese miedo. He meditado unos momentos sobre todo esto y creo, efectivamente, que algo prodigioso, o maravilloso, ha ocurrido para que yo, pobre ser inanimado, hable y razone. Pero a semejanza de aquellos perros habladores, Cipión y Berganza, reconozco el milagro sin menterme a profundizar en él, y aprovecho esta ocasión para contarles mis cosas.

Si, señores, yo, antes de llegar a este estado de vejez, fui una hermosa stilográfica, orgullo de mi clase. He de advertir que en nuestra juventud todas las plumas tenemos una gran ambición: la de llegar a ser el medio eficaz con que un genio escriba sus obras maestras y alcanzar, con él, la inmortalidad. Pero esto rara vez llega a realizarse y hemos de conformarnos, en menos de cualquier periodista, con hacer una reseña de futbol o con escribir una mas o menos ingeniosa frase sobre la munificencia de una boda, según haya si-

do la cena con que se agasajó al anémico reportero. Algunas, al verse defraudadas en sus ilusiones, niegan-se a escribir, haciendo rabiar a su propietario, que lanza, por lo bajo, frasecitas poco cariñosas al ven-dedor. Pero nada de esto importa. Para entrar en el asunto les diré que si mi dueño no era un genio tenía, en cambio, un gran corazón. La humildad y la sencillez eran sus virtudes esenciales, y poseía esa elegancia innata y esa amabilidad que caracterizan a los hombres de honda formación intelectual. Aunque bastante entra-do en años, permanecía soltero. Vivía con una hermana suya, viuda con dos hijos, a los que él daba carrera. Por una especie de diario íntimo que escribí, sé que su juventud fué de inquietud y de ~~lucha~~ lucha; que se hizo una posición a fuerza de puños y sudores. Y quizá por haber tenido que ser serio y viejo antes de tiempo, le quedaban aún resabios de niño y de adoles-cente. Cuando se encerraba en su cuarto gustaba de com-poner poesías, esas poesías de amor que no pudo hacer en su juventud, y después las guardaba en el último cajón de su mesa, para que nadie pudiera encontrarlas. Una vez escribí una carta. Al llegar aquí la emoción me obliga a derramar lágrimas de negra tinta... Estaba enamorado, enamorado como un colegial. Ella era una mu-chachita de apenas dieciocho años. Aquella carta, don-de declaraba el estado de su espíritu, no llegó nunca a su destino; quedó, como tantas otras cosas, en aquel discreto cajón. Pero desde entonces permaneció siempre triste; su pelo se tiñó de blanco; su cara se arrugó. Yo creo que fué esta pasión imposible la que agravó su crónica dolencia.

Acaba de entrar la mujer de ojos negros. Curio-seando por toda la mesa, ha topado con los papeles ín-timos de él. Durante largo rato, muy interesada, ha estado leyendo. A veces, por sus mejillas, corrían unas lágrimas. Después, en lugar de aquel título, ha puesto el retrato de mi señor, mientras decía: ¡Pobre tito!

Hecho ésto me toma entre sus dedos y nos põe-mos a copiar, no se con que fin, todos aquellos versos, cartas y escritos. Ahora no estoy torpe. He vuelto a mi ambiente. La sangre joven y nerviosa de ella parece como si me diera nuevos bríos. Y para mi -aunque uste-

des opinen otra cosa- ella está mas guapa, mas atrac-  
tiva, mas mujer, copiando o haciendo unas poesías  
que resolviendo una ecuación.